

ESTRENO DE TOÑÓN

la aldea queda la pobre Toñuela abandonada por todos con su hijo y muere de dolor y miseria.

Han pasado veinte años; el señcrio Antonio es ya D. Antonio casado con su prima, con un hijo mozo ya, y se encuentran en la finca pasando una temporada. El hijo de D. Antonio y Toñuela, vive allí cerca de su padre como criado de la finca, recogido cuando murió su madre por la caridad de un viejo criado confidente que fué de los amores del señorito y la aldeana. Es Toñón el buen Toñón, el ingénuo Toñón de puños de hierro, que ama con locura a la hija de su protector porque juntos han vivido y se han criado, y han apacentado las vacas de los señores.

Pero otra vez la tragedia de los señoritos amenaza destruir su felicidad. El hijo mozo de D. Antonio, el señorito Eduardo, requiere de amores a la novia de Toñón, y ésta seducida por el lujo y la palabrería ardiente del señorito accede a sus peticiones de amor y convienen en huir de la aldea.

Cuando Toñón desesperado porque le roban su cariño, se da al vino para olvidar, la repentina revelación de la borracha del pueblo que todos tienen por bruja, le hace saber quien es su padre. Le hace saber su historia, la historia de su madre, la historia de tantas y tantas aldeanas que se ven cegás por el lujo y el señorío.

Dibujada maravillosamente con cuatro rasgos está la silueta de María Jesús, la sencilla y honrada aldeana que ama en silencio a Toñón, sin esperanzas de verse correspondida jamás, que le consuela cuando sufre, que quiere apartarle del vino, cuando la desesperación del mozo le entrega a la borrachera en compañía de la bruja.

Cuando Toñón ha conocido a su padre, cuando sabe que su propio hermano es quien le roba su cariño y cobra esperanzas, cuando escucha de los labios del mismo D. Antonio, que le llama padre, y en su alma buena se forja ilusiones de ventura, es cuando asiste al intento de fuga del señorito Eduardo y Mari-Rosa,

Amenázale Eduardo, quiere comprar su silencio con unas cuantas monedas, y cuando ve imposibilitada su infamia cínicamente, abandona a Mari-Rosa a los pies de Toñón. Suena lejos una copla, la copla amante y apasionada de María Jesús, y Toñón, a punto de perdonar a la ingrata, a punto de estrecharla en sus brazos, escucha la voz del cariño verdadero que suena lejos con inflexiones de suprema angustia, y va en busca de María Jesús, dejando abandonada a Mari-Rosa.

He aquí lo que es la obra; no pueden ser las pasiones que en ella luchan más verdaderas, más reales, más humanas. La figura de Toñón está trazada de mano maestra, los autores se han encariñado con este su engendro bueno y noble, apasionado y fuerte.

Poco puedo decir de la música; lego en la materia, únicamente puedo hacer constar que se me figuró bonita y adecuada al ambiente. No sé técnica musical, únicamente sé sentir con ella, y puedo decir, que la música de Toñón me conmovió al oírla.

Mi enhorabuena al maestro Segura. A los compañeros Saráchaga y Adán tan compenetrados conmigo, con esta juventud que integra la redacción de la Revista, agradecerles su triunfo, porque todos lo hacemos nuestro.

MARTIN RAMALES.



Srta. Campoamor, que interpretó
«La Húngara» y «María Jesús».



«Rafael López, que en el papel de Toñón»
se reveló como gran actor dramático.



Pablito López, que interpretó el papel de
Eduardo.



Sr. Medrano, en el papel de Antonio